

---

# DOCUMENTO

---

## NACIONALISMO, INTEGRISMO Y FUNDAMENTALISMO

---

GUY SORMAN\*

*Su resurgimiento, ha transformado a los nacionalismo en el nuevo motor del cambio histórico. Sin embargo, ellos no son un fenómeno político espontáneo, sino instrumentos de manipulación política, creados por líderes ambiciosos y sustentados en un hecho: que no todos los individuos aspiran a la libertad. Los nacionalismos vienen a reemplazar a las desmejoradas ideologías positivistas -especialmente al marxismo- que intentaban dar respuestas globales y simples a los complejos problemas del mundo. Por su parte, los fundamentalismos e integrismos no sólo son ideologías de sustitución, sino que además legitiman con orgullo el fracaso del modelo occidental aplicado a sus culturas. Todos estos acontecimientos dibujan un mundo dividido en dos campos: el de las democracias liberales y el de aquellas naciones que no lograrán ingresar a la modernidad.*

Gracias por su acogida, gracias por la oportunidad de poder expresarme en francés, lo que no es muy común en el mundo actual. Trataré de hablar lo suficientemente lento para que los que entienden francés puedan seguirme y para que los que no lo entienden puedan seguir fácilmente la traducción. Como estamos en un medio universitario, he decidido adaptarme a este marco y pronunciar una conferencia que, en su espíritu y en su naturaleza, será de tipo académico.

Deberán, por lo tanto, perdonarme un cierto número de pequeñas manías heredadas de mi paso por l'Ecole Nationale d'Administration: un plan en tres partes, cada parte subdividida en subpartes, etc. Creo que este método es valioso, si queremos ubicarnos en un tema muy delicado y especialmente difícil de tratar para un intelectual liberal y para un

---

\* Escritor y periodista francés. Columnista de Le Figaro. Autor de varios libros.

intelectual itinerante. Los intelectuales liberales siempre han encontrado difícil identificarse fuertemente con una nación; tienen más bien la tendencia a considerarse cosmopolitas, o al menos transnacionales; y el pensamiento liberal no ofrece ninguna explicación clara para los fenómenos que llamamos nacionalismo, etnismo e integrismo. Creo, por lo tanto, que, para tratar de entender el tema y un cierto número de acontecimientos de actualidad inmediata (pensemos en Yugoslavia, en las revueltas étnicas en California, pensemos incluso en las reivindicaciones de los indios en el continente norte y sudamericano), hay que adoptar un método. Es sobre este método que quisiera, en primer lugar, insistir.

Primeramente, como es un tema pasional, porque el nacionalismo es un tema pasional, debemos tratarlo sin pasión e intentar distinguir entre nuestra opinión, positiva o negativa, y los hechos. No les diré cual es mi opinión, trataré de decirles cuáles son los hechos. Es especialmente difícil en el campo de la ciencia política, pero la filosofía política es justamente un esfuerzo por distinguir entre lo que creemos que es justo y lo que es real.

Mi segunda observación de método es que debemos tomar en cuenta un factor completamente nuevo, que yo llamo la «visibilidad». Tenemos el sentimiento, leyendo diarios, mirando televisión, que el mundo súbitamente está desgarrado por conflictos étnicos entre poblaciones de las cuales a veces nunca habíamos escuchado hablar y cuya existencia o recuerdo nos era incluso desconocido. Y algunas veces, creo yo, cometemos un error de perspectiva al confundir la realidad y la visibilidad. Los conflictos étnicos, los conflictos nacionales, han existido siempre. Lo que hay de nuevo en ellos hoy, no sé si es su virulencia, pero estoy seguro de que sí es su «visibilidad». Hoy vemos lo que otrora no era visible y atribuimos una importancia singular a lo que quizás no es nuevo sino simplemente más chocante. Y por lo demás, ustedes saben que atribuimos una suerte de valor jerárquico de gravedad a esos conflictos en función de su visibilidad. Si, por ejemplo, ustedes comparan el conflicto yugoslavo con un cierto número de conflictos étnicos que ocurren actualmente en el Cáucaso, constatan que el número de víctimas en el Cáucaso es hoy día más grande que el número de víctimas en Yugoslavia; pero jamás los hemos visto, y por lo tanto no existen. De esta forma los medios de comunicación generan una percepción completamente torcida de la realidad. Debemos tener esto constantemente presente.

Tercera observación de método; la manera misma como nos planteamos la pregunta: ¿asistimos a un resurgimiento del nacionalismo, del etnismo, del integrismo? Plantear la pregunta supone que lamentamos este resurgimiento. Supone, por lo tanto, que la Historia es una especie de progreso permanente durante el cual veríamos poco a poco

desaparecer conceptos arcaicos, tales como el de raza («ethnie») o como el de nación, ¿y en provecho de qué? En provecho de una sociedad abierta, sin duda, en donde todos los individuos serían iguales y hermanos. Por lo tanto la manera como nos planteamos la pregunta no nos permite entender estos fenómenos, ya que los insertamos en una perspectiva histórica de progreso y, si hay una cosa certera en la Historia, es que no hay progreso o que no hay progreso seguro, no hay progreso asegurado. Y pienso, para retomar la expresión de Fukuyama, tomada de Hegel, que la Historia no tiene fin y que no podemos decir que haya una línea en el curso de la cual poco a poco los nacionalismos tenderían a desaparecer o a detenerse.

Después de estas tres observaciones de método, vuelvo sobre mis tres partes. La primera parte será una constatación: ¿por qué los nacionalismos aparecen hoy como el motor del cambio histórico?. Me preguntaré en seguida si el nacionalismo resurgente, que constatamos hoy, es más peligroso o menos peligroso que las ideologías que vino a reemplazar. Y en la tercera y última parte, trataremos de comprender cuáles son los nuevos repartos y las nuevas fracturas en torno, justamente, a esta noción de nacionalismo.

Primero, entonces, la constatación de que los nacionalismos, etc, aparecen hoy como el motor de la Historia. La primera razón u observación es que somos hoy las víctimas de una idea que pareció brillante durante la Primera Guerra mundial, la idea del presidente Wilson según la cual a cada nación debía corresponder un Estado. Es a Wilson y al ambiente general (*l'air du temps*), también a Clemenceau -que no quería mucho a Austria-Hungría- a quienes debemos esta idea de que el mundo debía estar organizado en torno a naciones, en Estados-Naciones, uno coincidiendo con la otra.

Desgraciadamente, ¿qué es una nación? Si adoptamos un cierto número de criterios simples, de homogeneidad cultural por ejemplo, se cuentan, aproximadamente, hoy en el mundo, (tomo las cifras del Instituto Estratégico de Londres), 3500 naciones. Hay 3500 grupos humanos que pueden ser definidos como naciones; estos 3500 grupos humanos están agrupados en alrededor de 180 Estados. No hay por lo tanto, a pesar del principio de Wilson, absolutamente ninguna coincidencia hoy entre el Estado y la Nación, y ¡he aquí cuál es precisamente el problema! Puesto que algunas naciones no tienen Estado, por ejemplo los Kurdos, que algunos Estados incorporan varias naciones, y en particular después del derrumbe de la Unión Soviética, que súbitamente aparece como nación, asistimos al resurgimiento de un cierto número de pueblos que se revelan, si no es como naciones, al menos como tribus. Pienso en especial en las reivindicaciones de los Maorís en Nueva

Zelandia, de los Aborígenes de Australia o de los diferentes pueblos indígenas; aquí mismo en Chile, recientemente, y en casi todo el continente americano. Así, pues, diría yo, hay un conflicto potencial evidente y permanente que nace del principio de autodeterminación, el que, a la luz de la experiencia, aparece como un principio bastante poco viable; ya que no se ve cómo se podría verdaderamente hacer coincidir la Nación y el Estado. Esto es, evidentemente, la primera constatación, la primera bomba, la primera explosión potencial que de vez en cuando alcanza a casi todas las naciones.

Mi segunda observación es que la idea liberal según la cual la modernización económica y la democracia iban a transformar a la humanidad en un conjunto de individuos autónomos y responsables (esta idea liberal puede ser muy antigua), es en parte falsa y estamos obligados a tomar acta de ello. Es decir que contrariamente a lo que los filósofos liberales deseaban, constatamos una permanencia del simbolismo político, del apego al grupo y que, ahí mismo donde hubo modernización, los fenómenos de la agregación del individuo alrededor de la multitud, de la tribu o la nación, no han sido en lo absoluto reabsorbidos por la modernidad. Esto lo hemos constatado evidentemente con ocasión de todas las guerras. Para sólo citar un ejemplo, personal y reciente, cuando la coalición de la ONU emprendió la guerra contra Irak, me quedé estupefacto (era para mí la primera vez que asistía a una guerra, incluso lejana), estupefacto de la extraordinaria alegría con la cual los franceses y los europeos en general aceptaban la idea misma de guerra. De un golpe, tuve el sentimiento, aunque claro, era menos dramático, de haberme remontado en el tiempo hacia épocas que no conocí, 1939 o 1914. Es decir, no pongo en duda la legitimidad o la necesidad de esta guerra, no es de eso de lo que hablo; de lo que hablo es de la extraordinaria facilidad con la cual pueblos incluso modernos adhieren a la idea de guerra y se reconocen inmediatamente como partes comprometidas en el conflicto. Hay otra circunstancia, evidentemente, en donde este tribalismo es muy fuerte, incluyendo a las naciones modernas: en el deporte. Al igual que ustedes seguramente, seguí los Juegos Olímpicos en la televisión. Era completamente extraordinario leer y escuchar el simbolismo de los comentarios, que era integralmente un simbolismo de tipo nacionalista. Es decir que todas las pruebas, contrariamente al espíritu olímpico, no se desarrollaban entre individuos, se desarrollaban entre naciones y se escuchaban comentarios del estilo: «China esta ganando a Corea que lleva la delantera sobre Japón»; se trataba de tres nadadores o de tres atletas, poco importa. Muy rápidamente, el espíritu de análisis, que se supone es lógico y frío en el mundo occidental, sucumbe a la manipulación de símbolos de tipo

nacionalista, al punto que se llega a creer que esto corresponde a una necesidad psicológica profunda y a una necesidad de identificación profunda con el grupo.

Tercera observación: he hablado de manipulación simbólica, voy a hablar ahora de manipulación política. Cuando hablamos de nacionalismo o cuando hablamos de fundamentalismo, de etnismo, de integrismo, tenemos que pensar que todas estas ideologías globalizantes no son fenómenos espontáneos: son ideologías que tienen autores y que están fechadas. Si ustedes toman ejemplos precisos, Francia no siempre existió como nación, fué inventada como nación por un cierto número de intelectuales de fines del siglo XVIII, o de agitadores políticos, los que hicieron la Revolución Francesa. Los Estados Unidos tampoco son una nación espontánea, son una nación inventada y concebida. Chile tampoco ha existido siempre como nación, ningún Estado de América Latina derivó en una nación espontáneamente. Quiero decir con esto que el nacionalismo generalmente no precede a la creación de la nación. El nacionalismo es un instrumento forjado por intelectuales o por hombres políticos y es un instrumento que permite unir a un pueblo. Antes de que el concepto de nación existiera, por ejemplo en Europa, los individuos no se definían como Franceses, se definían como Auverneses, de religión católica y súbditos del Rey.

Por lo tanto, el nacionalismo es un fenómeno relativamente reciente y, diría yo, que no es un fenómeno espontáneo. Es un fenómeno ampliamente creado, moderno y explotado. Y ésto lo vemos con claridad en la política de los Estados democráticos contemporáneos. Se me vienen a la cabeza dos ejemplos de explotación o manipulación de los símbolos nacionalistas: la campaña electoral de Pat Buchanan en los Estados Unidos y, evidentemente de manera más espectacular, la creación del Frente Nacional en Francia por Jean-Marie Le Pen, y verdaderamente la creación, la invención, de un cierto número de instrumentos cuyo objetivo funcional es permitir a un hombre político o a un partido político conquistar el poder o, en todo caso, acrecentar su participación de mercado en la vida política. Entonces no debemos ver al nacionalismo simplemente como un fenómeno espontáneo; debemos también verlo como un instrumento, voluntariamente utilizado por hombres políticos o por intelectuales, para conquistar todo el poder o a lo menos una parte del poder,

La Cuarta razón u observación: estoy obligado a reconocer que todo los individuos no aspiran a la libertad. Si hay políticos que logran explotar los símbolos nacionalistas para conquistar el poder, es porque una parte de la población está dispuesta a aceptar esta manipulación, es porque, ya lo decía, una gran parte de los individuos en las naciones

desean no ser libres y sobre todo no ser responsables. Y la gran «virtud» del nacionalismo, como de la mayor parte de las ideologías, es que «desresponsabiliza» al individuo, puesto que no existe en cuanto persona responsable. No actúa ya como él mismo sino que es «actuado» por la comunidad a la cual pertenece; y si alguna vez llega a tener problemas económicos, sociales, familiares u otros, no es responsable de ellos, es «el otro» quien es responsable, puesto que el nacionalismo como toda ideología se define evidentemente por la diferencia con el otro. Por lo tanto, el nacionalismo registra éxitos en el mercado de la política porque es para los individuos que no quieren ser libres intelectual y políticamente; es, en este sentido un fenómeno extraordinariamente tranquilizador y confortable. A este confort intelectual que da el nacionalismo, se debe su éxito; al igual que es en el confort intelectual que daba el marxismo, que da todavía un poco el marxismo, donde está la causa de su éxito. El marxismo era intelectual y políticamente confortable puesto que «desresponsabilizaba a los individuos en provecho de la clase del explotador, del imperialista. En el caso del nacionalismo es la misma cosa, uno es desresponsabilizado y la transferencia de la responsabilidad se hace sobre la otra raza o la otra nación.

Estas son las cuatro razones: contradicción entre el Estado y la nación, permanencia del simbolismo, manipulación política y miedo a la libertad; estas son, a mi parecer, las cuatro razones fundamentales por las cuales el nacionalismo y, de una manera general, los integrismos políticos, aparecen hoy en día como los motores de la Historia.

En segundo lugar, los nacionalismos son en cierta forma motores de sustitución. Vienen a reemplazar algo y ese algo son evidentemente las ideologías y, más particularmente las ideologías positivistas heredadas del Siglo XIX (el marxismo en particular), ideologías que pretendían dar respuestas y explicaciones simples al mundo. Estas ideologías globales, estando ligeramente dolientes, fueron reemplazadas por el nacionalismo.

Y aquí habría que hacer una observación. Hace un rato decía que los intelectuales liberales no han sabido nunca comprender muy bien como funcionaba el nacionalismo, porque era completamente extraño a su visión del mundo, pero los marxistas no lo entendieron nunca muy bien tampoco. Los liberales pensaban que la nación se iba a disolver en la prosperidad económica; los marxistas creyeron que la nación iba a disolverse en el fenómeno de la clase social y que la solidaridad de clases se tornaría más fuerte que la solidaridad nacional. Por lo tanto, las dos grandes filosofías políticas, el liberalismo y el marxismo, no fueron realmente capaces de comprender el fenómeno comunitario, no fueron capaces de comprender la agregación del individuo alrededor de su

comunidad, en vez que de su clase social o de otros conjuntos. Y mirando ahora la manera concreta en que ha funcionado el sistema comunista y sus relaciones con las naciones, en particular en la ex URSS, la imagen que me viene siempre a la cabeza es la del congelador. Todas las naciones que componían la Unión Soviética, más o menos a partir de 1920, entraron en un vasto congelador y hace dos años se reabrió la puerta de ese congelador y se encontró en su interior exactamente lo que ahí se había puesto sesenta años antes. Se encontraron todas las naciones componentes de la ex URSS. Ahora bien, los congeladores cambian un poco el sabor de las cosas, no se las encuentra exactamente con el mismo sabor después de ser congeladas, pero en su conjunto el congelador soviético funcionó bastante bien; y hoy se encuentran todos esos pueblos absolutamente intactos, con problemas que existían, pero que tenían quizás el mérito de no ser visibles. ¿Eran acaso menos violentos? Ahí, creo, se advierte una falacia. Hoy día me dicen «pero de todas maneras en el tiempo de la URSS no había guerra entre armenios y azarios, no había conflictos entre georgianos y abkhasos, entre osetas del norte y osetas del sur, entre el transdníestre y los moldavos y otros uzbekos». ¡Bien! Esto es completamente falso. Estos conflictos existían, no estábamos informados, pero el stalinismo, diría yo, mató mucho más que lo que matan actualmente los conflictos étnicos. Por lo tanto, en este punto me parece que la situación en la Unión Soviética es extraordinariamente difícil, llena de confrontaciones, extraordinariamente caótica. Pero cuidado con el fenómeno de la «visibilidad», no es porque estos fenómenos se hagan súbitamente visibles que son más graves. Tengo más bien el sentimiento de que todo es mejor que el stalinismo y que a pesar del caos y de los conflictos étnicos en la Unión Soviética, la situación actual es menos mala que la situación anterior. Aunque quizás los interesados no estén de acuerdo conmigo.

¿Acaso el liberalismo logró mejor que el marxismo atenuar los conflictos nacionales y las pasiones étnicas? Creo que el mayor éxito empírico en este campo es la construcción económica fundada en el deseo de un pequeño grupo de hombres (políticos demócratas-cristianos, algunos intelectuales y algunos empresarios) de poner término definitivo al conflicto germano-francés. Toda la construcción parte de ahí, parte de la voluntad de paz entre estos dos enemigos atávicos; desde ahí a la experiencia, la mecánica liberal, lo que se llamó el sistema Jean Monnet, es decir, la creación silenciosa, sin manipulación de símbolos, de solidaridad económica real, solidaridades que permitieron poco a poco limar, erosionar, toda la violencia y toda la pasión que podía existir en las relaciones germano-francesas. Y lo que es completamente sorprendente: el experimento tuvo éxito, porque no manipulaba los

símbolos; nada ha sido y nada es más pobre en símbolos que la Comunidad Europea. La mayoría de los franceses y la mayor parte de los alemanes no son ni siquiera capaces de reconocer la bandera europea, no hay un himno europeo, no hay moneda europea, Europa no está en ninguna parte, está en la práctica cotidiana. Este éxito comporta algunos inconvenientes, puesto que ahora, cuando se quiere presentar por primera vez a la ratificación popular la unificación europea, uno se da cuenta de que es extraordinariamente difícil su aprobación, que el apaciguamiento de los nacionalismos era posible cuando no se hablaba de ellos, pero a partir del momento en que se somete este asunto a un referéndum, todos los movimientos nacionalistas (ellos son mejores que nosotros en la manipulación de los símbolos) son capaces de poner el proyecto en dificultades. Y ahí se encuentra a la vez la fortaleza y la debilidad del liberalismo como instrumento de lucha contra los excesos nacionalistas. El liberalismo es eficaz como mecanismo económico, pero es muy poco eficaz en cuanto a su capacidad política de manipular símbolos. En estos días, yo participaba como actor y como espectador en la campaña por el referéndum sobre el tratado de Maastricht, y yo diría que en la medida en que los adversarios del referéndum tienen a su disposición instrumentos, éstos son emotivos, del tipo: «el Camembert francés está amenazado por los reglamentos europeos», «los alemanes exportan a Francia sus desechos»; en fin, todos los interesantes argumentos que se oyen en este momento en Francia. Frente a esto, los partidarios del «sí» a Europa, ¿qué tienen que decir?. Nada, sino cuarenta años de éxito, pero eso no le interesa absolutamente a nadie. Por lo tanto, esto es una especie de falla fundamental del pensamiento y de la práctica liberales. Pero es una falla que no puede ser superada, puesto que la naturaleza misma del pensamiento liberal, en este campo, consiste en negarse a manipular los símbolos; y de lo contrario sería completamente incapaz de todas maneras. Entonces, a pesar de todo, la Comunidad Europea, de la que hablo un poco a causa de la actualidad, es un modelo bastante excepcional de reconciliación de los nacionalismos alrededor de un proyecto económico común.

Y uno se puede preguntar, me lo pregunto frecuentemente, en qué medida este modelo es exportable. Por ejemplo, ¿es acaso exportable a la Unión Soviética o es acaso exportable a América Latina? Creo que lo es muy difícilmente, porque es el producto de nuestra historia. Y el mundo actualmente vive en una gran ilusión, sobre todo el mundo soviético, vive en la gran ilusión de creer que se puede pedir prestado el modelo europeo, de que es una especie de instrumento que se puede introducir y que hará milagros. Esto es completamente inexacto, el modelo europeo es un producto de la historia y de esta manera me parece

muy poco exportable, no se le puede transportar idénticamente a tal o cual continente.

Este modelo es tan poco susceptible de ser transpuesto que he sido siempre extraordinariamente escéptico respecto de la utilización del mercado común en América del Sur para reconciliar nacionalismos. Siempre he pensado, por ejemplo, que Argentina no está en América Latina, y, en consecuencia la idea de que Argentina se integre en un mercado común con Brasil me ha parecido siempre completamente disparatada; no estoy seguro tampoco de si Chile está en América Latina. Creo que existe una confusión, a veces, entre contigüidad geográfica y continuidad cultural. La contigüidad geográfica no obliga necesariamente a crear conjuntos culturales. Esto es una observación que concierne, creo, en particular, a Chile y a Argentina.

Lo que quiero decir con esto, y quisiera ser un poco más preciso, es que, teniendo en cuenta por una parte el derrumbe del socialismo, de su desaparición en cuanto método y en cuanto sistema político, teniendo en cuenta por otro lado el resurgimiento del nacionalismo, se dibuja una división del mundo entre dos campos que no serán los dos antiguos (llegamos así a la tercera parte de esta exposición). El primero, yo creo que será el de la democracia liberal, será el campo de la modernidad y de una cierta prosperidad, de un desarrollo de la responsabilidad individual con contradicciones internas por supuesto, sobre las cuales volveré a referirme. El otro campo será el campo de todas las naciones que habrían querido o que querrían también entrar a la modernidad utilizando los instrumentos de la economía de mercado, pero que no lo lograrán. Y estoy casi seguro de que la mayoría de los países que hoy en día han abandonado la ideología o el sistema socialista (y ésto no sólo concierne a la Unión Soviética, concierne también a casi toda el Africa «negra», por ejemplo, a China y su clientela), todos esos países que quieren hoy utilizar la economía de mercado como instrumento de modernización, de entre ellos, la mayor parte no lo logrará. No tendrán éxito, porque este proceso de liberalización es también un producto de la historia. Esto no puede ser un barniz aplicado sobre cualquier cultura o sobre cualquier nación, y como no tendrán éxito, estas naciones, o, más bien, los políticos que las dirigen, tendrán que encontrar una explicación de su fracaso y una legitimidad política de respuesta.

El integrismo religioso, o sea, el fundamentalismo tal como se desarrolla, por ejemplo, en el cercano oriente, no sólo concierne al Islam, el fundamentalismo indio o hindú es igualmente importante. Estos fundamentalismos parecen ser no solamente ideologías de sustitución, sino igualmente ideologías de legitimación del fracaso. Es decir, explicar el fracaso, rechazar el modelo occidental, y diría yo, rechazarlo con cierto

orgullo diciendo: «en definitiva no queremos el modelo occidental, no está hecho para nosotros, es destructor de nuestra cultura, preferimos guardar nuestra cultura incluso en la pobreza». Presentado de esta forma, es un discurso no falto de dignidad, pero la mayoría de las veces es, a pesar de todo, un discurso de manipulación, sostenido también en este caso por políticos que desean apoderarse del poder.

Pero decía hace un momento que en el reparto del mundo, en el lado de la democracia liberal, bastante poco nacionalista y bastante poco agresiva, hay contradicciones internas. Hay contradicciones internas ya que esta imagen, un poco sosa tal vez, a la cual le faltan colores nacionales, esta democracia liberal, no gusta a todo el mundo, no gusta justamente a los que quieren explotar el nacionalismo, no gusta a quienes sostienen un discurso sobre los valores.

Querría hacer una observación a propósito de este discurso sobre los valores. En las naciones liberales, mientras menos se sabe lo que son los valores, más puede encontrarse a gente que le hablará a uno de ellos. Y hay así actualmente agrupaciones que se forman, en Europa o en Francia, en particular de intelectuales, para la defensa de los valores, que estarían amenazados por la economía de mercado, la apertura, Disneyland, el capitalismo americano, etc. Inquietudes completamente legítimas, sin embargo, cuando ustedes piden a los defensores de los valores que enumeren esos valores y expliquen qué es lo que entienden de ellos, en general no son capaces de hacerlo. ¿Y quién debe definir los valores? ¿Acaso es un jefe de partido político, por ejemplo, quién deba definir cuáles son los valores de Francia? Este discurso se nutre luego de la explotación del sufragio universal y se nutre de la misma manera del problema de la inmigración.

Y aquí me veo en la obligación de decir algunas palabras sobre el problema de la inmigración en Europa, a causa de la situación muy particular de Francia y a causa de los acontecimientos, desde hace cuatro noches consecutivas, en Alemania, de esos enfrentamientos entre jóvenes alemanes y los refugiados. ¿Acaso no se trata aquí de la tradicional xenofobia de Alemania o de la tradicional xenofobia de Francia? Sí y no. Pienso que la explicación por el pasado o la explicación por la historia es completamente insuficiente. Creo que el problema de la inmigración en Europa tiene una dimensión económica importante y que lo que caracteriza, por ejemplo, a los hijos de inmigrantes magrebíes en Francia, no es que sean musulmanes, puesto que generalmente ya no lo son más. No se caracterizan por ser de origen magrebí, porque son generalmente de cultura francesa y tan franceses como los jóvenes de su generación. Pero no trabajan, no están integrados en la empresa; están en la misma situación que los negros en Estados Unidos. Interpretamos,

creo que demasiado rápido, un cierto número de fenómenos de agresividad, en términos étnicos o en términos de xenofobia, cuando son también, no sólo, pero son también, problemas de tipo económicos. Doy siempre un ejemplo muy simple para caracterizar la situación de la inmigración hoy en Francia, en relación a lo que era hace cincuenta o sesenta años. Mis padres inmigraron a Francia hace exactamente sesenta años y como la mayor parte de los inmigrantes de la época, no hablaban francés, pero trabajaban. Hoy los inmigrantes hablan perfectamente francés, pero no trabajan. Me parece que la diferencia entre la inmigración de antes y la inmigración de hoy (que Jean-Marie Le Pen expresa siempre en términos culturales o religiosos como si los franceses fueran católicos o como si los argelinos fueran musulmanes) es más una diferencia de tipo económico que una diferencia de tipo étnico o religioso en un mundo que no es en lo absoluto religioso. Esto en cuanto a lo que a inmigración se refiere.

Algunas observaciones sobre el nacionalismo y sobre el porvenir del nacionalismo en la ex URSS. ¿Se trata de un fenómeno espontáneo? Nos planteamos la pregunta hace un rato. ¿Se trata de un fenómeno manipulado? Creo que se trata en gran parte de un fenómeno manipulado. El nacionalismo hoy en día es explotado por la antigua clase dirigente, por los antiguos dirigentes del partido comunista, que con la excepción de Armenia y los Países Bálticos, se quedaron con el control de las repúblicas de la ex URSS; y todos los dirigentes, sin excepción, de las nuevas repúblicas, han explotado el instrumental nacionalista de tal forma que puedan quedarse con el poder. Y es, igualmente, ese instrumental nacionalista, el que les da, en consecuencia, una nueva legitimidad y una ideología de sustitución. Por lo tanto, no creo mucho en el carácter espontáneo de estos resurgimientos nacionalistas, creo mucho más en su carácter manipulado y en el uso instrumental del nacionalismo para la conquista del poder.

Solamente una observación sobre lo que uno llama el integrismo. Hice una alusión al integrismo musulmán y al integrismo indio, y traté personalmente de averiguar si los integrismos tenían un programa. Es una pregunta interesante. Nunca encontré un programa integrista. No hay economía musulmana, por ejemplo, eso no existe en lo absoluto. Así que aquí también estamos frente a un fenómeno manipulado, extraordinario, de agrupación de la multitud en torno a una ausencia total de proyecto. Lo que es normal, puesto que para los ideólogos fundamentalistas musulmanes, (contrariamente a los ideólogos marxistas, cuya edad de oro está en el futuro y por lo tanto hay un proyecto), para el integrismo, la edad de oro está en el pasado, por lo tanto no hay proyecto.

La conclusión de todo esto, en la medida en que se pueda concluir:

muchas de las oposiciones nacionales y nacionalistas son ficticias, y creo que nuestro deber de observadores y nuestro deber de intelectuales, es el de no dejarnos manipular nosotros también.

Quisiera citar una anécdota. Me entrevisté esta mañana con el General Pinochet y le pregunté: «pero en fin, ¿por qué conserva usted un ejército tan grande en este país que nadie amenaza?». Me dijo: «no se imagina cuán peligrosa es la situación, no se imagina cuán amenazados estamos del exterior y del interior». Entonces, la amenaza exterior, no sé si son los pingüinos o los argentinos; y la amenaza interior son los intelectuales de izquierda que critican nuestros valores. No sé lo que son «nuestros valores». Pinochet me dijo esto, y Jean-Marie Le Pen me habría dicho la misma cosa, cualquier otro hombre político conservador me habría podido decir la misma cosa. Entonces, yo diría que el general Pinochet tiene perfectamente el derecho de decirme esto, tiene también el derecho de pensarlo, pero diría que yo tengo el deber de no creerlo, y la relación entre el intelectual y el hombre de poder está ahí. Es una relación que tiene que estar basada en el escepticismo y en un justo reparto de los roles.

Finalmente, quisiera hacer dos observaciones como conclusión. Decía en la introducción que el mundo era víctima del principio de Wilson y las complicaciones que tenemos, por ejemplo, en el caso de Yugoslavia, para aplicar el principio de Wilson. ¿No se debería acaso renunciar al principio de Wilson e imaginar nuevas formas de organización, instituciones políticas que no sean necesariamente estatales, sino que puedan ser transnacionales, sobre el modelo de la Comunidad Europea, o al contrario, micro-nacionales? Se desarrolla aquí mismo un seminario sobre la descentralización, yo soy un ferviente de Tocqueville y adepto de la descentralización. Pienso que la reflexión política desde hace dos siglos gira en torno a la descentralización del Estado. Me parece que deberíamos, a partir del agotamiento de los Estados modernos, emprender una doble reflexión sobre la transnacionalidad que sobrepasa al Estado y, yo diría, la micro-nacionalidad, es decir la reorganización de la ciudad y el nivel comunitario.

Y una última reflexión. Escucho con frecuencia en el curso de mis viajes a la Unión Soviética que me dicen: «antes, pese a todo, estaba más organizado, ahora, es el caos». Yo tengo una cierta simpatía por el caos. El caos es una forma de organización que puede ser completamente perdurable y el caos provoca en general menos víctimas que los Estados y las ideologías.